

y la religion, en armonioso maridage, habian de proclamar los nombres de Toledo y Herrera á la par que el del hijo del Cesar.

El Escorial, lo mismo que Roma, está siempre lleno de viajeros pacíficos y piadosos, que no van á destruir las obras maestras, sino á conquistar ideas y recuerdos, imágenes é instruccion: verdaderos peregrinos del arte, de las ciencias y de nuestro santo dogma.

Y el objeto es digno de tal renombre y merecedor de tan sublime culto: que todas las bellas artes á porfia compitieron á embellecer y dar régia suntuosidad al famoso edificio, para el mas completo logro de la monumental grandeza que resplandece en la octava maravilla.

Asi como sobre la antigua puerta Flaminia de la capital del mundo cristiano se lee la inscripcion del Pontífice Alejandro VII que dice:

FELICI FAUSTOQUE INGRESSU,

asi á la entrada del Regio Monasterio debiera haberse escrito:

DOMUS DEI SACRA, ET ARTIUM PRÆCLARUM MONUMENTUM.

Sorpréndese el ánimo en efecto al traspasar la puerta del patio de los Reyes, y á la vista de aquella entrada magestuosa, ingreso verdaderamente monumental. Aquella soberbia introduccion, aquel vestibulo, aquel templo, el Escorial todo parece, cual hito fúnebre colocado en el camino de la existencia, dirigir su voz á las generaciones futuras, diciéndolas: «Miradme bien, que harto pronto pasareis, y con vosotros pasarán los siglos; que yo sola tengo el derecho de permanecer de pie; y ser mudo testigo de vuestras ambiciones y vuestras miserias.» Al pisar aquel venerable templo, al vagar por aquellos silenciosos y magníficos claustros, al pararnos en aquella sorprendente escalera, ó en su preciosa biblioteca, nuestra imaginacion ha evocado por instinto el recuerdo de los varones ilustres que en diversas épocas visitaron aquellos sitios; nos ha reproducido los infinitos dramas que allí han tenido lugar en la historia de tres siglos, sus vicisitudes, su apogeo y su descenso.

Bien lo ha dicho Lamartine, hablando de Jerusalén. «Si solo á la historia y á la poesía es dado ilustrar un monumento ó una ciudad, tan solo la religion puede santificarlos.» Parages hay en la tierra cuya celebridad y significacion es inmensa por haberse cumplido dentro de su recinto alguna de las grandes fases de la humanidad. El drama inaugura la escena, y despues de la desaparicion de los personajes que en él figuraron y escitaron nuestro asombro, la mente todavia los busca; corre en pos de su huella, de su ligera sombra; indaga los sitios que los albergaron, los describe, los consagra, y de pensamiento en pensamiento los trasmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta despues de trascurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre que se alzaba la soberbia Troya, las ruinas de algun templo de Atenas, los restos de Roma, y la tumba del Salvador en Jerusalén. Sí: convento y palacio á la vez el Escorial, viene á ser la fortaleza de Dios, guardada por su representante el Rey. La idea del Sér Supremo está allí tan identificada con la fuerza, que como ha dicho el Conde de Fabraquer, espanta mas que consuela, y al propio tiempo que edifica, su mole colosal parece amagarnos con su pesantez. Créese, pero con estremecimiento, porque nos traslada á los tiempos en que el cristianismo era solo una vision lejana. Se oye el trueno del Legislador de los judíos, las lamentaciones de sus Profetas; es el Asia, Jerusalén, el Templo, la Biblia; es la arquitectura de Nínive; es la sala del festin de Baltasar; es todo el antiguo y nuevo Testamento. ¿Quién osará entrar en aquel santuario profético sin postrarse delante de la unidad suprema apoyada en el poder Real? ¡Dios y el Rey! ¡He aquí el Escorial; he aquí sintetizada toda la antigua España! ¡La España de Felipe II! Este Rey creia en su poder como en el de Dios; el orgullo robusteció su fe, y su fe alimentó su orgullo, puesto que dedicando á Dios el Monasterio, le dedicó tambien su Palacio, y la tumba de los Reyes de España.

Ideas de siglos que ya no son y pueblos que desaparecieron, preséntanse formuladas en lienzos henchidos de poesía y de vitalidad; y la historia sagrada figura en primera línea, irradiando nueva luz en cada una de las fases de la humanidad. Representase allí la edad media en obras alemanas y flamencas del siglo XV; estúdiense las escuelas italiana y española; tradúcese el sentimiento bajo sus multiplicadas formas; y en todas ellas habla al corazon del artista, y así hace renacer á nuestra vista las grandes figuras de la Biblia, como presta animacion y vida á los mas eminentes personajes de la mitologia y de la historia. La arquitectura, esa Niobe de las artes, que sobrevive á la ruina de cuanto fue su gloria y su encanto, dignamente personificada en Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera y Fr. Antonio de Villacastin, vertió con mano pródiga

en aquel soberbio edificio todas las galas de su atrevido poderío, y todos los tesoros de su inagotable riqueza. La Amaltea de las artes derramó sobre ese coloso de los siglos el cuerno de la abundancia del humano ingenio.

Penetrados aquellos insignes artífices de que la belleza mística en nada se parece á la belleza de los monumentos terrenales, y de que los templos del cristianismo no pueden construirse como los edificios donde los paganos rendían culto idólatra á sus falsos dioses, esforzaronse en producir una fábrica cuya grandeza no tuviese igual en los fastos del arte, y cuya sencillez no perturbase el recojimiento y la humildad con que el cristiano debe entrar en la casa santa de su Dios.

No parece sino que Felipe II, al edificar aquel Monasterio, quiso formular en piedra su programa político, y decidido Atlante, resistir desde aquel punto los golpes certeros que los enemigos de su comunión le lanzaban; no parece sino que quiso dejar su cuerpo y su alma en aquella imponente masa de piedra, para demostrar con su solidez y la inflexibilidad de sus líneas, la imagen viva y eterna de su inmutable firmeza, de su ilustre defensa contra el cisma.

Aquel monumento es toda una epopeya; en él todo es bello, todo grande y magestuoso. Cada aposento, cada objeto, cada ventana, cada árbol es una dulcísima poesía de los tiempos en que la palabra *España* contaba una nación para cada letra. ¡Qué de encantos no trasmite en cada uno de sus objetos al filósofo que penetra en su recinto! Desde su primera piedra hasta la banqueta en que el Rey moribundo apoyaba su pierna enferma, todo nos dirige un lenguaje elocuente, todo nos inclina al importante estudio de la historia: aquella misma tribuna donde en sus momentos de agonía mandó colocar el fundador su lecho de muerte; donde hizo celebrar por su alma, próxima á partir del mundo, el sacrificio de la Misa; donde aquel Rey poderoso manifestaba sus temores á vista de la eternidad, y ennoblecía este temor con la religión, ¡qué de emociones, qué de pensamientos no engendra! Y ¡cuán especial no se nos presenta la figura de Felipe II, de aquel Rey cuyo poder sobre la tierra sirvió para prepararse un lugar en el cielo, y que á la vez que inundaba la Flandes de sangre y aproximaba su pérdida para España, levantaba, cual nuevo Salomón, un magnífico templo al Señor, que por sí solo bastaría á ilustrar su nombre si su grandeza no llenase por completo las mas brillantes páginas de nuestra historia! Nuestro pensamiento no se contentará con hacer un esbozo detallado de aquel monumento, presentándolo á los ojos del lector cual si fuese una vista panorámica, cuyas figuras se deslizan rápidas y mudas sin proporcionarle la menor explicación; nada de eso: queremos invocar la memoria y escitar el alma del artista, no solo sobre los hechos y sobre los objetos, sino con la importancia que les presta la historia, con el valer que les da la filosofía. Queremos levantar por entero el paño que cubre á aquel monumento, para que pueda vérselo con todo espacio, en todas sus proporciones, en todo su contorno y en todo su colorido. Queremos, en una palabra, evocar las ideas con la completa armonía de su conjunto y la total extensión de sus relaciones.

Oyese el rumor lejano de la historia al fijar la vista en aquel Monasterio; las secretas escenas del Príncipe Carlos se presentan á nuestros ojos en medio de sus misteriosas sombras; los autos de fe verificados á la vista del naciente edificio; el tiro de Valenzuela tan diestramente dirigido para despojar á la Comunidad de sus bienes, y en cuya ocasión el Prior Fr. Marcos de Herrera dió tan buenas pruebas de su talento, todo se nos reproduce fielmente. Hierne nuestros oídos el silbido del huracán aumentando las llamas que destruyeron una buena parte de aquel edificio, y no pocas preciosidades imposibles de reemplazar. Envuelto en una densa y tradicional niebla, hace correr por nuestras venas un frío glacial el terrible voto de Carlos II bajo las soberbias y magestuosas bóvedas del Régio Panteón, y vemos á su tierna esposa sobre los fríos escalones de aquella lúgubre mansión desmayada y sostenida por un embajador celoso. Las escandalosas profanaciones de aquel templo cuando el desgraciado ministro de Carlos II fue ocultado en el Convento por orden del Rey; las diferentes épocas en que aquel Monasterio llegó al apogeo de su esplendor; su fuerza moral puesta en pugna frente á frente con el poder del Monarca su patrono; las disensiones intestinas que se alimentaban y robustecían en el seno mismo de la Comunidad; las no menos importantes del Príncipe D. Fernando, ocurridas casi á nuestra vista, y cuya causa por su ruidosa celebridad tomó el nombre del edificio en que pasó; los inauditos sacrilegios cometidos por el francés Quillet cuando Napoleón I invadió nuestro territorio; y finalmente, las infinitas variaciones de nuestros Gobiernos, rasgando los unos las vestiduras de los Monjes, tejiéndolas otros de nuevo para que de nuevo fueran relegadas al olvido, todo, por efecto de nuestra fantasía, toma cuerpo y movimiento. He aquí las razones que hemos tenido para decir que aquel Monasterio es toda una epopeya.

Pero ese monumento de justísimo y universal renombre, de fama indisputable y eterna, verdadero símbolo del reinado de su fundador, no vivirá tantos siglos como quizás se prometieron el Monarca que concibió la obra y los artistas que tan dignamente secundaron sus elevadas al par que piadosas miras.

El Real Monasterio de San Lorenzo sentirá caer sobre su robusta mole la pesada mano del tiempo antes de que perezcan otras maravillas del mundo, harto mas antiguas y al parecer menos sólidas. Y este tristísimo augurio, este pronóstico des-

consolador que nosotros no inventamos, y que quisiéramos no tener por cierto, no cuenta por única causa el abandono en que se supone haya quedado el edificio, desde que la estincion en España de las órdenes religiosas arrancó de aquellos solitarios muros á los Monjes del orden de San Gerónimo. Ojalá pudieran nuestros descendientes decir con el poeta, y aplicando la idea al Escorial:

Aún duran fatigando á las edades
De Ménfis los soberbios obeliscos;
Aún torres que dominan las ciudades,
Arcos que enlazan encumbrados riscos,
Gimnasios que recuerdan crueldades,
Columnas entre rústicos apriscos,
Y de elegancia y gusto altos ejemplos
En bellas termas y elevados templos.

Pero no será, no, la falta de aquellos religiosos, y el consiguiente abandono en que forzosamente quedó una gran parte del edificio, la causa de los grandes deterioros que sufre, y el motivo principal de su completa ruina. El Monasterio del Escorial, rudamente combatido por los vientos de Poniente, y sepultado en nieve una gran parte del año, fue construido con una piedra demasiado feldspática y de grano basto, y esta es la principal razon de los deterioros que hoy se advierten, y que basta examinar ligeramente para comprender á qué extremo tan lamentable conducirá antes de tiempo á todo el edificio.

Las generaciones venideras que tengan el triste privilegio de llorar sobre las ruinas de este soberbio alcázar de la fe, no culparán ciertamente, ni al Monarca que designó el terreno, ni á los arquitectos que trazaron y ejecutaron la obra, ni á los artífices que la llevaron á feliz término. Acusarán tal vez de poco geólogos á los que examinaron la piedra en un principio, ó mejor dicho, á la principal materia del edificio.

Harto daño han ocasionado al Escorial los cambios políticos acaecidos en España desde que en 1808 desaparecieron de allí sus mejores joyas artísticas; harto daño, repetimos, ha sufrido el Monasterio con la pérdida de sus mas ricas alhajas: pero estas no son ni pueden ser las únicas causas de su destruccion, asi como tampoco habremos de achacar esclusivamente á esos trastornos, y á la falta de los Monjes, la inevitable ruina que presagiamos.

El edificio tiene en su seno un vicio orgánico; sus entrañas albergan, desde el nacimiento, un cancer devorador que las va consumiendo poco á poco, y que por fin habrá de darle la muerte.

Pero por fortuna, y esto lo decimos con verdadero orgullo, si la causa de esa decadencia no es tan imperiosa y tan inevitable como nosotros decimos, el Monasterio del Escorial no echará de menos la presencia ni el cuidado de sus habituales moradores. La Augusta Princesa que ocupa hoy el trono de Felipe II mira ese edificio con natural solicitud, y se manifiesta tan codiciosa de su conservacion que por todas partes se ven muestras de su celo, siendo infinitas, ó mejor diremos, incessantes, las restauraciones de techos, pinturas y adornos (*) que se hacen en todos los ángulos del Convento.

Sin embargo, á pesar de nuestra aficion á las historias completas, no hemos creido necesario estender la presente mas allá de la terminacion del monumento, de la muerte del fundador, acaecida algunos años despues, y de la historia que concierne á la adquisicion de todos los objetos notables que recibió aquella Basílica en los reinados posteriores.

El lector verá que asi como hemos creido conveniente detenernos en todo lo ocurrido durante la fundacion, espiando, por decirlo asi, los pasos del Monarca, y aun atreviéndonos á escudriñar sus mas secretos pensamientos durante el acrecentamiento de la fábrica, así pasaremos muy de ligero los sucesos posteriores, deteniéndonos tan solo en las escenas que ofrezcan un vivo interés. De otra suerte llegaría un dia en que la historia del Escorial, á mas de ser interminable, ofrecería una lectura pesada y enojosa.

Una vez sentados estos precedentes, fácil es comprender la necesidad de una publicacion cual la presente, no porque no existan magníficas descripciones y eruditas historias de ese monumento, con cuyos autores ni remotamente osaríamos entrar en competencia, sino que para dar una idea siquiera aproximada de aquella Basílica, era preciso que se perfeccionara la litografía, la xilografía, el arte litoglífico, y que naciese la fotografia, la helioplástia, y nos descubriese sus importan-

(*) Nuestra Reina asignó para el entretenimiento y restauracion del edificio la cantidad de 120.000 reales anuales, sin contar las obras extraordinarias que pudieran ocurrir; pero esta asignacion, no sabemos por qué razon, fue suprimida algun tiempo despues.

tes arcanos la electricidad. Todo esto era necesario para que se pudieran copiar con exactitud las infinitas bellezas que encierra el edificio; todo esto para que pudiésemos manifestar la afinidad del arte con el dogma, la revelacion de la divinidad y la del cristianismo; para que lográsemos multiplicar sus copias con la facilidad que permiten los adelantos de la época; vacío que en vano trató de llenar el claro talento del R. P. M. Fray Andrés Jimenez, al formar *por encargo especial del Sr. D. Carlos III* su descripción del Escorial, pues aun cuando las pocas estampas que esa obra contiene fueran bastantes á demostrar todas las grandezas del edificio, la escasez de ejemplares hubiera hecho inútiles los esfuerzos de sus autores.

Es pues indispensable una obra á la altura de los adelantos artísticos de la época; es preciso que la generacion presente pague ese tributo de admiracion al reinado de Felipe II. En nada mejor pueden emplearse los descubrimientos modernos que en rendir culto á los monumentos; y entre estos ninguno mejor que la Basílica del Escorial. De ella tienen que sacar grande enseñanza los artistas, y es preciso que viva para algo mas que para causar admiracion á los curiosos esa obra de los siglos, orgullo de los nacionales y envidia de los extranjeros.

Para que estos tampoco sigan motejándonos de perezosos y de indiferentes á las glorias de nuestro pais, nos hemos decidido á hacer dos ediciones á la vez, una en castellano y otra en francés.

Y en esta parte (no nos cansaremos de repetirlo) no pretendemos rivalizar con nadie; no aspiramos á la gloria de nuevos historiadores.

Desde el V. P. Sigüenza, contemporáneo de Felipe II y digno imitador de Tácito, Tito Livio y Salustio, que inauguró esta historia, sembrándola de datos curiosos, de observaciones llenas de erudicion, y de documentos de la mayor importancia, hasta el P. Quevedo, digno sucesor de aquel sábio cronista, todos los hombres que han consagrado sus vigiliass al examen de aquellas bellezas, han dicho con elegancia de estilo y con vasta erudicion lo que toscamente y sin novedad alguna habremos de repetir nosotros.

No aspiramos á otra gloria que á la de narrar fielmente la Historia del Monasterio, entrelazada con la de nuestro pais; á enumerar los prodigios del arte que contiene; y á hacer en suma una edicion digna del siglo presente, y lo mas digna del monumento que retrata.

De esta suerte, y no de otra, es como todo el que visite esta maravilla del arte podrá darse una razon exacta de lo que ve, y recrear luego su imaginacion al repasar los diseños fotográficos de todo lo que vió. De esta suerte y no de otra es como el extranjero amante de las artes, al pasar su vista por nuestra obra, se sentirá fuertemente acometido de un irresistible deseo de visitarla.

Ninguna obra reclama con mas justicia los honores de ser adornada con multitud de grabados, ninguna posee dotes para despertar en un corazon artista el deseo de trasladar á la piedra, al acero y al boj las sublimes inspiraciones de Jordan, Coello, Rubens, Cincinato, Carducci, Ribera, Zurbarán, Velazquez, Murillo y Leonardo de Vinci; ninguna mas á propósito para transmitir al papel el envidiable talento de Herrera, las bellas inspiraciones de Benvenuto.

En el seno del arte es donde se espacia el ánimo entristecido; allí es donde recibe consuelo, y se abandona muellemente en el vasto campo de la reflexion, en el bullicioso empuje de las meditaciones. Mundo misterioso y sublime, cerniéndose en un ámbito inmenso comparado con el en que nos revolvemos, parece endulzar con sus armoniosos cánticos las repetidas contradicciones de nuestra limitada naturaleza. Así como la creacion nos revela en sus maravillas la existencia de Dios, así el arte atestigua en sus obras la inmortalidad del hombre. En sus páginas, mas bien que en las crónicas, es donde puede apreciarse la marcha de la humanidad al través de los siglos; porque en cada una de esas sublimes hojas es donde instintivamente se fijan los sentidos del cuerpo y las facultades del alma.

Consideremos por un momento que una historia de esta maravilla española, espresion genuina de su época y asombro del mundo, que aún admiramos lozana á la sombra del trono de nuestros Reyes, aun cuando se publicase, como otros lo han hecho, desnuda de todo género de atavíos artísticos ó desprovista de lo que hoy llamamos *ilustracion*, siempre sería de suyo una obra de grande importancia. Así lo prueban las publicadas por Sigüenza, Mariana, Santos, Jimenez, Bermejo y Quevedo, Ponz, Alvarez y Madoz, cuyos escritos, sobre todo los primeros, á pesar de hallarse mas ó menos sujetos al yugo de la obediencia, mas ó menos encarnados con las costumbres del cláustro, han sido todos leídos con avidéz, han sido todos arrebatados. Consideremos pues el éxito de estas ediciones, y podremos formarnos una idea de la acogida que debe esperar del mundo instruido la presente publicacion, donde el lector, á mas de las noticias que contienen aquellas grandes obras y las que hemos considerado necesario agregar, puede desde su casa pasear su imaginacion por los sitios mas recónditos de tan inmenso local, y admirar y aun copiar todo cuanto este coloso artístico encierra de bello y de admirable.

Desde el origen de esta preciosa joya y primeros trazos de Juan Bautista de Toledo, hasta la colocacion de la última piedra por Herrera; desde el primer adorno que se colocó en ella hasta el estado en que se hallaba en su apogeo artístico, cuando podia decirse que el Escorial era la historia del arte en sus principales periodos y en todas sus evoluciones; las profanaciones, las vicisitudes por que ha pasado y su estado actual, nada pasará desapercibido para nosotros. Todas las vistas generales y parciales de la fábrica, desde su situacion y planta; todos los claustros grandes y menores, escaleras, pórticos, fuentes, sacristía, coro, iglesia vieja, salas capitulares, palacio, colegio, biblioteca, capillas, templo, panteon, etc., con todos los bellos productos de pintura, escultura, arquitectura y cincelado, y hasta los mas insignificantes detalles de una medalla, de un relicario, de un mueble, de una cornisa, de un retablo, de una balaustrada, de un bordado, todo habrá de someterse á nuestra penetrante mirada; todo se verá reproducido de una manera gráfica; todo habrá de ser espuesto fielmente á los ojos de nuestros lectores.

Empresa árdua, y de difícil cuanto costosa realizacion; pero nada hay imposible en la esfera de las artes para el que siente latir en su pecho la noble inspiracion del artista, el verdadero entusiasmo, esa celeste y vivificadora llama que nos obliga á estasiar nuestro ánimo ante las maravillosas concepciones del ingenio; para el que anhela oír en boca de los extranjeros, que *tambien los españoles hemos entrado en el sendero de la verdadera ilustracion, del positivo progreso.*

Dimos principio á nuestras tareas sin ningun género de apoyo para acometer tan grande empresa, y confiados tan solo en nuestras cortas fuerzas y en nuestros medianos ahorros, circunstancia que, unida á lo interesante de la obra, nos hizo confiar que un día la veríamos terminada; pero apenas llegó á oídos de nuestra Soberana nuestro proyecto, se enteró con minuciosa escrupulosidad de nuestros primeros trabajos y plan, dispensándonos la honra, no tan solo de dedicarla á su Real persona y á la de su augusto Esposo, sino tomándonos un buen número de ejemplares.

Este hecho, que tanto honra á nuestra augusta Reina por la verdadera proteccion que envuelve á las letras, á las artes y á nuestros recuerdos nacionales, vino á robustecer nuestro espíritu; fue un rayo creador, que nos comunicó la fuerza y vigor bastantes á dar feliz cima á nuestra empresa. Pero ¡ay! cansados muchos de nuestros suscritores por la lentitud con que nuestra obra salia á luz, y asustados otros de su precio, es lo cierto que al último tercio de nuestras tareas el público nos abandonó, no por completo, que no todos los hombres son veleidosos y descontentadizos, sino lo bastante para vernos amagados de un naufragio que solo pudimos evitar poniendo nuestra obra en manos de un editor ilustrado.

Réstanos tan solo añadir dos palabras acerca de otro punto muy interesante. Completamente ajenos á las rencillas políticas, huiremos de todas sus manifestaciones, sellando nuestro lábio; y firmes en este propósito, sabremos guardar el mas completo silencio. Pero no vaya á creerse por esto que hipócritamente desdeñamos la sublime tarea del cronista, ni que dejamos de vislumbrar por entre los primores artísticos que encierra el monasterio de S. Lorenzo, la fe ardiente y pura que le dió cuerpo y existencia, que produjo la mas bella página de nuestras glorias nacionales. Nada de eso: sabremos hacer justicia á tales sentimientos, y apreciar como es debido las altas miras del fundador; pero queremos que la presente obra se halle al abrigo de los embates políticos, y que al tender su vista el lector sobre ella, encuentre solaz puro é instructivo, sin haberse de enojar por esta ó la otra frase desacorde con sus opiniones político-históricas, cualesquiera que ellas sean.

¡O Musa del saber! mi voz te implora;
Ven, desata mi lábio; en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que vi, lo que oí, cuanto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

A. R.